Comentario de música

Sinfónica con enigmas

Mario Córdova

El reciente programa ofrecido por la Orquesta Sinfónica Nacional trajo un cargamento de variados enigmas, presentes en cada una de sus tres partes. La primera, que saludó a la música chilena y al centenario del nacimiento de Carlos Riesco, más que portar un enigma, sembró alguna duda respecto a la elección de la interpretación de su "Obertura sinfónica". De este compositor, que no transó frente a la amenazante ruptura tonal de sus tiempos, había obras más interesantes y brillantes para homenajearlo. Con esta obertura casi se pasó de largo.

A continuación, la Sinfonía N° 31 "París" de Mozart se vino con un gran enigma bajo el brazo, ya que, a diferencia de contener los cuatro obligados movimientos de las sinfonías dieciochescas, se limita a sólo tres. ¿La razón? Haber sido compuesta para los franceses y sus gustos derivó en un acomode mozartiano que eliminó el típico minueto (tercer movimiento). Esta obra, además, demanda una orquesta clásica inusualmente más grande en instrumentos de vientos, lo que le confiere mayor ampulosidad. Eso se notó a la primera, acaso en complicidad con ciertos cambios en la disposición de los paneles acústicos superiores de la moderna Sala Sinfónica. No obstante la percepción de un sonido exacerbado, la dirección de Andrew Gourlay fue notable y de una claridad comunicativa con cada sección de la orquesta que confirmó lo expuesto en un anterior comentario.

Y claro, los enigmas prosiguieron con las mismísimas "Variaciones enigma" de Edward Elgar, obra cuyo misterioso tema de inspiración le confiere ese nombre. A través de catorce variaciones en que, directo o solapado, aparece el mismo motivo inicial de cuatro notas, la secuencia creadora de este compositor británico victoriano se vuelca en una gama infinita de sonoridades y ritmos. En tan diverso despliegue la batuta y las manos tan expresivas de Gourlay se entregaron por entero para brindar una versión inolvidable de esta partitura.

Quienes están familiarizados con estas variaciones a toda orquesta esperan la llegada de la N° 9, un adagio titulado "Nimrod", que ha logrado fugarse como pieza independiente, situándose como ícono de la música británica. Sobre ella, Gourlay supo conjugar de modo ejemplar melancolía y solemnidad, pero también su conducción fue de acierto total en los momentos finales tan explosivos. Varias batutas invitadas han ocupado el podio de la Sinfónica en los últimos meses. Cuando el enigma es saber si de alguna de ellas surgirá su nuevo Director Titular, con Gourlay de por medio la elección se ve clara.